

sus hermanos de Toresbery. Mabillon dió ya en el tomo VI de los Anales de San Benito, un extracto de esta preciosa relacion, que despues se citó con frecuencia (1), y prometió dar la relacion entera en el apéndice; pero este apéndice, publicado por Martenne, no contiene este documento, y probablemente lo hubiéramos perdido é ignorado para siempre, si Planchette no le hubiese salvado, traduciéndolo. Este sábio religioso ha puesto por epígrafe á esta traduccion aquellas bellas palabras de Tertuliano, que espresan su firme creencia en la narracion que reproduce: *Mea est possessio, olim possideo, prior possideo, habeo origenes firmas ab ipsis Authoribus quorum fuit res.* «Estoy en posesion, en posesion anterior, en posesion original, y la tengo firmemente de los mismos autores en quienes se verificó el suceso.»

De esta opinion del traductor participará todo el que lo lea de buena fé. No podrá dudar de los milagros que vé en alguna manera; tan presentes se los pone el relato en su viva actualidad, en plena publicidad, con tales circunstancias y porme-

(1) He aquí sus principales pasajes: «¿Quién ha visto jamás á Príncipes, á señores poderosos en el siglo, á guerreros y á mujeres delicadas doblar su cerviz bajo el yugo, á que se dejaban atar como bestias de carga para arrastrar pesados fardos? Se les vé por miles, unas veces arrastrando una sola máquina, tal es su peso, y trasportando á larga distancia trigo, vino, aceite, cal, piedras y otros materiales para los obreros. Nada les detiene, ni las montañas, ni los valles, ni aun los rios que atraviesan, como antiguamente el pueblo de Dios. Pero la maravilla está en que estas cuadrillas sin cuento marchan sin desórden y sin ruido.... Sus voces no se dejan oír sino cuando se dá la señal; entonces cantan cánticos, ó piden perdon de sus pecados.... No bien llegan á su destino, los hermanos circundan la iglesia, y permanecen alrededor de sus carros como soldados en sus campamentos; al anochecer encienden cirios, se reza la oracion, y se lleva la ofrenda sobre las sagradas reliquias; despues los sacerdotes, los clérigos y el pueblo fiel se vuelven con grande edificacion cada uno á su hogar, marchando en órden, salmodiando y rogando por los enfermos y por los afligidos.» ¡Qué milagro que semejante fé no produjese milagros!

nores y con tal acento histórico, que es preciso no tener conocimiento de lo que es verdad para no penetrarse de la que hay aquí. Los milagros referidos son sesenta, cuyos testigos oculares vivian aun. El número de ellos era mayor, como lo hace creer la parte del manuscrito que habia llegado á manos del traductor. Solamente citaremos uno que podrá dar una idea de los otros, dejando al lector el cuidado de admirar todas las fases de la fisonomía de este vivo relato:

«Habia entre los duros y tardíos de corazon á creer cosas tan sensibles, un tal Roberto, vecino nuestro, del pueblo de Courcy, que, por una estraña terquedad y por un endurecimiento casi invencible, no queria creer nada de lo que se decia. Al contrario, insultaba á los que se lo contaban, y les echaba en cara su crédula sencillez, jurando que no creeria nada, como no viese algo grande que fuera superior á las fuerzas de la naturaleza. Pero la Madre de Jesucristo y de todos los fieles volvió pronto los ojos de su clemencia hácia este obstinado, y halló en su misma casa el medio que voy á decir, para triunfar de su incredulidad.—Habia en su casa una jóven de doce años á lo mas, llamada Matilde, á quien mantenía con otros pobres, la cual estaba tan enferma y tullida de todos sus miembros, que, lejos de poder levantarse del suelo, ni aun podia ayudarse con sus manos y rodillas para andar arrastrando por tierra; mas ¡espectáculo digno de compasion! revolcábase á veces en el fango de las plazas públicas y en los cenagales, y su infelicidad llegaba hasta tal punto, que nadie podia mirarla sin derramar lágrimas. Sin embargo, la mujer de este Roberto, compadecida de la miseria de aquella jóven, instaba sin cesar á su marido para que hiciese disponer un carro donde llevarla á Chartres. Nó, nó (replicaba él en tono de burla); que la lleven á San Pedro, donde dicen que se hacen milagros. En el acto la suben á un carro, que por casualidad arrastraban entonces unas mujeres, sosteniéndola en él para que no se cayese uno de nuestros criados llamado Roger, porque no podia sostenerse ella sola. Mas Jesucristo, siempre bondadoso y siempre pronto á hacer bien á los hombres, la miró al punto con el mismo aspecto con que acostumbra á mirar á los afligidos, y

no la desprecio. La miró, repito, y la sanó; pues sus miembros, que se hallaban frios y como muertos, empezaron de repente á recobrar calor, y como á resucitar por la virtud del fuego invisible y divino que los reanimaba. Los nervios que se habian retirado y separado de sus coyunturas, volvieron á ocupar su puesto natural, y formaron un cuerpo enteramente nuevo con todo el vigor y con todo el cabal uso de todos sus miembros. ¡Estoy sana! exclamó entonces en voz alta. El criado que la sostenia con sus manos, admirado á vista de este milagro, mandó á las que tiraban del carro que parasen (segun era costumbre cuando se verificaba en el camino algun milagro); obedecieron ellas, y oyeron con admiracion lo que habia sucedido. Al ver de pié á la jóven, á quien siempre habian visto echada, no podian resolverse á dar crédito á sus propios ojos, temian hallarse alucinadas; veíanla de pié y enteramente sana, y no lo creian, ni podian saciarse de considerar y admirar este prodigio. Sin embargo, la enferma gritó, ¡bajadme pronto, estoy sana, estoy enteramente curada; bajadme y tiraré del carro con vosotras! Y habiendo bajado, se puso derecha, y aproximándose al carro, hizo conocer la verdad de lo que habia dicho, tirando con ellas, con alegría inesplicable. Entonces fué cuando todas aquellas mujeres, enagenadas de gozo, alzando sus ojos y sus voces al cielo, y con el semblante bañado en lágrimas, dieron gloria á Dios y á su Santísima Madre. Acuden los pueblos en tropel de todas partes al ruido de este gran milagro; agrúpanse alrededor de la jóven, y fijan en ella sus miradas con tanta curiosidad como si nunca la hubieran visto. Y en efecto, era ella, aunque no lo parecia; porque estaba mucho mas hermosa que antes y resplandecia en su semblante no sé qué de celestial. Y para no tener mas en suspenso vuestra atencion, habiéndole ofrecido estas mujeres á porfia con que vestirse mas decentemente, fué conducida como en triunfo por los religiosos acompañados de todo el pueblo, que cantaba himnos y cánticos, y luego la ofrecieron ante el altar de su querida Libertadora. Tocáronse las campanas, y toda la Iglesia llena de alegría resonó con la gloria del Señor.

»Este prodigio se hizo público inmediatamente, y Roberto

no lo ignoraba, pero no podia vencer aun la dureza de su corazon. Envió un mensajero para que inquirese con toda exactitud cuanto habia sucedido, y saber así lo que resultaba. El mensajero refirió que el suceso acaeció como se le habia dicho. Volvió á enviar otro mensajero, el cual al volver confirmó el relato del primero; pero todo fué inútil, porque no pudo resolverse á creerlo. Por último, Roberto, inspirado por el cielo, vá en persona al monasterio; entra en la Iglesia, vé á la jóven que volvía sana del altar, la admira, queda sorprendido; saludale ella, y él la corresponde tambien cortésmente; y prorumpiendo en llanto de alegría, póstrase en tierra y dá gracias á Dios, no solamente por haber curado á la enferma, sino por haber ablandado la dureza de su corazon. Y desde aquel dia no cesa de publicar los milagros con celo igual á la imprudencia con que los habia combatido anteriormente.»

Terminaremos esta digresion con la siguiente reflexion del piadoso y sábio traductor, dirigida á todos los Robertos de nuestra época: «Dios quiera que en nuestros dias veamos desterrada felizmente del corazon de los fieles esta desconfianza respecto á las bondades de Dios, desconfianza que solo proviene de un secreto orgullo, que es el obstáculo mas ordinario á los efectos de su poder; y que veamos resucitar en su lugar aquella confianza animada de una fé y de una sencillez semejante á que mereció ser recompensada por Dios aun en este mundo, por las intercesiones de la Santísima Virgen, con gran número de milagros.»

Continuemos ahora el curso de nuestra Esposicion.

Nosotros tenemos tambien en medio de nosotros testigos de estos milagros que todavia viven, y que nos los refieren con elocuencia. Estos son esas basilicas erigidas por una fé que no podia producir tales milagros sin ser ella tambien movida por milagros. Esta es la palanca, esta es la fuerza que ha levantado, que ha lanzado á los aires esos prodigios de piedra: las catedrales de Chartres, de Amiens, de Strasbourg, de Paris, de Reims, de Coutances, de Bayeux, de Rouen, de Secz, de Clermont, de Puy, de Mende, de Bayona, para nombrar solo las principales; catedrales *todas* consagra-

das á la Virgen, y que, proporcionadas al sentimiento de sus grandezas, parecen decir como ella: *Fecit mihi Magna qui Potens est* (1).

La época de su primera construccion vió nacer á un hombre que, reasumiendo todas las inspiraciones de los siglos primitivos, renovándolas en el foco de su poderosa individualidad, debia enriquecer con ella su época y los tiempos venideros. He nombrado á San Bernardo, el hombre mas providencial, y si me atrevo á decirlo así, el mas necesario en la economía de los destinos de la fé y de la verdad, puesto que sostuvo él solo el peso de su tiempo á una distancia igual del pasado y del porvenir que él reanudaba. Este hombre prodigio, que reunia en su persona, si es lícito hablar así, toda la cristiandad entera en una de sus mas grandes fases, fué por excelencia el devoto servidor y panegirista de María. De tal modo, que no ha quedado nada por decir despues de él, y que tiene parte en todo el culto de honor y de invocacion que se le puede tributar.

Entretanto Dios, que siempre quiere dejar hacer á los hombres la prueba de su debilidad, para que sintamos á la vez nuestra libertad y la necesidad que tenemos de su ayuda, habia permitido á la licencia y al error que prevaleciesen hasta un punto amenazador para la Iglesia y para la civilizacion. La relajacion de las costumbres habia abierto las puertas á la heregía, que se habia presentado con su disfraz de siempre, la reforma. El mundo estaba lleno de falsos pobres y de falsos predicadores, y la espada de Monfort no podia ya impedir la caida del edificio social minado por la mentira. En este extremo peligro, Dios hizo salir dos hombres de su diestra para conjurarlos, un verdadero predicador, para oponerlos á la heregía, un verdadero pobre, para oponerlos á la licen-

(1) Treinta de nuestras catedrales están consagradas á la Santísima Virgen. Con las que acabamos de nombrar, son: Auch, Avignon, Cambray, Digne, Eyreux, Frejus, Gap, Grenoble, Luzon, Marseille, Montauban, Moulin, Nancy, Nimes, Rodez, Tarbes y Verdun. En cuanto á las otras Iglesias ó Santuarios dedicados á María, son innumerables.

cia: Santo Domingo y San Francisco. Pero como si no pudiera hacerse nada en el orden cristiano sin la cooperacion de aquella Virgen que lo ha dado á luz, por María fué, principalmente, por donde aquellos dos grandes Santos salvaron á la sociedad; Santo Domingo con el *Rosario* y San Francisco con la *Porciúncula*.

El racionalista se sonríe al oír estas dos palabras: ¿qué se necesita, sin embargo, para que este desprecio de su parte se cambie en admiracion? Menos orgullo y mas luz; unas cuantas palabras bastarán para iluminar al que quiera serlo.

Ya se sabe que la heregía de los Albigenses, en la multitud de sus sectas, no era en el fondo sino el *Maniqueismo*; es decir, en religion, la negacion de la Maternidad divina de María, la de la Encarnacion real del Hijo de Dios; en moral, la negacion del matrimonio y de la familia; en política, la negacion de la justicia y de la propiedad: la disolucion total del orden religioso, moral y social (1).

¡Maravillosa justificacion de la doctrina católica en la sucesion de los tiempos! lo que el Maniqueismo producía de este modo en el siglo décimotercio, es lo mismo que San Arquelao en su discusion con Manés en el siglo tercero, le acusaba de llevar en sí, demostrando por medio de una sorité admirable, que toda la cadena de las virtudes religiosas, morales y sociales, está pendiente de la Maternidad divina de María, *in Beatae Mariæ partu suspensa est*. Esto es lo que el mismo sentido católico hizo comprender perfectamente á Santo Domingo. Por esto estableció por primera base de su accion la profesion de fé en la Maternidad divina de María y la repeticion multiplicada del *Ave María*, que era á lo que mas horror tenían los hereges. A este fin instituyó el Rosario, que es esa profesion de fé repartida en quince dieces, cortados por un *Padre Nuestro*, señalados por otras tantas cuentas, que son el medio mnemónico, y cuyo encadenamiento forma, como dice con mucha oportunidad Mezerai, *una corona de rosas para colocarla en la cabeza de la Reina de los Angeles*,

(1) Véase la justificacion de esto en nuestra obra sobre el Protestantismo y las heregias, t. II, pág. 476.

de donde viene la palabra *Rosario*. El rosario ú otra devoción parecida, existía ya mucho antes, pero Domingo le dió un sentido doctrinal que no había tenido hasta entonces. Hizo del rosario un arma, y aun hizo mas. Sobre aquella repetición multiplicada de la profesión de fé en el misterio de la Encarnación que la uniformidad podía hacer monótona, distribuyó, como una especie de *tema* capital de la fé, toda la enseñanza católica, de quince meditaciones sobre los misterios mas principales y mas tiernos de la Religión. Con esto compuso, por decirlo así, un compendio teológico, una especie de catecismo para el uso del pueblo, que tenía el doble carácter de doctrina y de oración, para mantener al mismo tiempo la fé en los espíritus y el amor práctico en los corazones. Los efectos del Rosario respondieron á su concepción; los religiosos del orden de predicadores hicieron de él como el testo y el instrumento de sus sermones. Despues de haber espuesto la verdad de cada misterio, rezaban con todo el pueblo el diez del Rosario que á aquel correspondía, y con esta alternativa de enseñanza y de oración, ilustrándose y vivificándose recíprocamente en una acción santamente dramática, atraían á la fé á las masas extraviadas. El genio no bastaría para explicar esta maravillosa invención que ha conquistado la universalidad y la perpetuidad, signos seguros de las cosas grandes; preciso es ver en ella la inspiración de la santidad.

No brilla esta menos en la institución del jubileo de la Porciúncula por San Francisco. La misión de este Santo era combatir la licencia y el apego desordenado á los bienes de la tierra que la sostiene. A este efecto, él, que había nacido rico, se hizo pobre y levantó, ó mas bien enarboló en el mundo el estandarte de la pobreza voluntaria desplegado por Jesucristo. Pero esta pobreza evangélica no tiene precio mas que bajo el punto de vista del Reino de los Cielos, que ella nos proporciona. Establecer una vía de cambio y una especie de negocio sagrado entre la pobreza y los bienes celestiales, era pues el verdadero medio de hacerla apreciar. Mas ¿cómo? ¿por conducto de quién? Por la mediación del Soberano Negociador Jesucristo; pero de Jesucristo aplacado por la omnipotente intercesión de María. Esto fué lo que concibió San

Francisco de Asís, y he aquí el modo que tuvo de llevarlo á ejecución:

Cerca de Asís existía una capillita dedicada á Santa María de los Angeles y edificada sobre una *porción* de terreno perteneciente á los Benedictinos, de donde le viene el nombre de Porciúncula. En este humilde santuario fué en donde Francisco tuvo la primera inspiración de su evangélico designio. Abandonada y destruida aquella capilla, hasta el punto de no servir mas que para que se guarecieran en ella los pastores con sus rebaños, cual sucedía en el portal de Belén, era el sitio mas á propósito para que brillara en él la celestial riqueza de la santa pobreza.

San Francisco obtuvo sin dificultad que se le entregasen aquellas ruinas, y se dió prisa á hacerse una cabaña al lado de ellas, siendo esta la cuna de una de las órdenes mas florecientes de la Iglesia; realmente pudo y debió llamarse á aquel sitio *Santa María de los Angeles*, porque de allí han salido muchos Apóstoles, Confesores, Mártires, Obispos, Cardenales, Papas, Doctores, Teólogos y hombres ilustres en todos conceptos, que han vivificado al mundo con su seráfica santidad.

Allí ha sido donde María los ha formado; allí donde les ha dado la leche de esa eminente y santa doctrina de que están llenos; allí donde, por una fecundidad virginal, les ha multiplicado para diseminarlos en seguida por toda la redondez de la tierra. Ahora bien, la palanca de esta acción prodigiosa fué la *Indulgencia plenaria* que por la intercesión de María concedió el mismo Jesucristo á San Francisco en favor de los que visitasen devotamente la Porciúncula. Gracia eminente por su naturaleza, por la manera inmediata y milagrosa con que fué concedida y por los frutos universales de bendición que ha producido; porque ratificada por varios Papas, haciéndose extensiva á todas las capillas del orden en todos los sitios donde las hay, las masas sedientas han acudido para adquirir un nuevo temple en aquel manantial de vida y de salvación.

Así iba creciendo y estendiéndose el culto de la Virgen por la correspondencia recíproca de las gracias que su maternal intercesión derramaba por el mundo y de los homenajes

de filial y agradecida devocion que el mundo la tributaba.

El orden de San Francisco, como uno de los que mas habian probado las poderosas prerogativas de María, fué tambien de los mas generosos en preconizarlas. En efecto, este santo orden fué el primero en hacer una profesion pública de reconocer y de sostener la Inmaculada Concepcion de María en los púlpitos, en las escuelas, en las universidades, en las congregaciones y en los concilios; él, el que la hizo celebrar con rezo propio, y finalmente, el que habiendo obtenido la prohibicion de ponerla en duda, preparó muy de antemano el decreto inmortal que en nuestros dias la ha declarado dogma de fé.

Entretanto, se fundaban ó se reformaban otros institutos religiosos, segun las necesidades de la época, que venian á reasumirse en estas dos tendencias del alma humana; la vida activa y la vida contemplativa, fecundándose recíprocamente para santificar al mundo. María, que vivió en la perfeccion de estas dos vidas, fué tambien la Madre de dos nuevas familias que las espresaban, y por ellas recibió nuevo aumento la de su Hijo. La Virgen Santísima inspiró directamente el orden activo por escelencia de la Merced, para la redencion de cautivos, en triple aparicion á San Pedro Nolasco, á Raimundo de Peñafort y al príncipe Juan de Aragon; y ella reanimó el orden escelentemente contemplativo del Carmelo con el don que hizo á San Simon Stok del *Escapulario*, acompañados de unos privilegios de preservacion que han hecho de él como el escudo de la milicia cristiana, justificando diariamente en el mundo la antigua creencia de la Iglesia en la proteccion de *Aquella que pare contra los venenos de la serpiente* (1). Nuevos honores y nuevas fiestas se siguieron de esto para María; la fiesta de Nuestra Señora de la Merced y la del Carmen, que aumentaron el tesoro de la liturgia.

Como María habia dado á luz estos institutos, los sostenia y los vivificaba, y esta ocasion se hacia sentir por inspiraciones individuales en el orden de la ciencia ó de la santidad que, no por no ser siempre milagrosas, dejaban de ser sobrena-

(1) San Agustin.

turales, y que autorizaban las piadosas leyendas con que las simbolizaba la fé de aquellos tiempos. Así es como para espresar la notable relacion que se advertia entre la ciencia de Alberto el Grande y su devocion á la Santísima Virgen, se cuenta que de jóven era tan rudo, que hacia desesperar de que se le pudiera enseñar nada; la Madre del Verbo, movida á compasion al ver la piedad de Alberto, le contuvo en la ocasion en que estuvo á punto de abandonar los estudios, y á peticion suya, le concedió el don de la filosofia, advirtiéndole, sin embargo, que por haber preferido esta ciencia á la de su Hijo, se le retiraria al fin de su carrera y volveria á padecer la misma enfermedad intelectual que en un principio. Añádese, que tres años antes de su muerte, en el momento de hallarse en el púlpito captándose la admiracion de su numeroso auditorio por el brillo de su palabra, sus facultades intelectuales se oscurecieron de repente, y que él, acordándose entonces de la prediccion de María y dando algunas lágrimas á la desaparicion de su gloria, reveló este secreto á sus discípulos, que le acompañaron en su pena y retiro, dándole muestras de su religiosa y simpática emocion.

Cuéntase igualmente de San Pedro de Verona, de aquel gran Doctor que pagó con el martirio su celo por la verdad, que estando discutiendo con unos hereges, y habiéndose turbado un momento por la sutileza de sus argumentos, volvió á encontrar en una invocacion á María (como dice Bossuet en su conferencia con Claudio) luces superiores para confundirlos ó iluminarlos.—Nosotros, en fin, no nos desdeñaremos de referir, aun cuando no sea sino como un emblema de la fé suave con que estaba perfumada entonces la ciencia, lo que se cuenta del bienaventurado dominico Egidio. Viendo venir hácia donde él estaba á un célebre doctor de su orden, y advertido interiormente de que era para preguntarle la solucion de una dificultad en que la ciencia no era suficiente para libertar su fé, tocante á la Virginidad de la Madre de Dios, Egidio le salió al encuentro, y pegando en el suelo con su palo, salió de tierra una hermosa azucena al decir el bienaventurado estas palabras: Padre predicador, Santa María es Virgen *antes* del parto; dando otro golpe en el suelo salió otra azucena al decir

el bienaventurado: Padre predicador, Santa María es Virgen en el parto; y lo mismo repitió á la tercera vez, al decir Egidio: Padre predicador, Santa María es Virgen *despues* del parto.

Otro prodigio mas verídico, en cuanto que es un acontecimiento histórico, y mas universal en su significacion providencial, señaló el fin del siglo XIII: hablo de la traslacion de la humilde morada de María, por mano de los Angeles, de Nazareth á Loreto. Los que quieren que un milagro sea probado con una demostracion tan irresistible que la fé cristiana no tenga que poner la menor parte para admitirlo, podrán dudar de este prodigio, como deberán dudar de todos los demás, aun cuando hayan sido testigos oculares de ellos. Pero los que, movidos por aquella religiosa confianza, quieran únicamente que sea justificado por pruebas racionales á los ojos de una crítica prudente, deberán dar crédito á un acontecimiento que tiene en su favor para darle autenticidad; 1.º varios escritores de los mas recomendables, como Casinio, Baronio, Rinaldo, Torsellino, etc., etc.; 2.º las sumarias y las relaciones ó informes hechos ó tomados por orden de Clemente VII, y el exámen mas severo de la congregacion de Ritos; 3.º las constituciones de Paulo II, de Leon V, de Paulo III, de Paulo IV y de Sixto V; 4.º finalmente, los numerosos milagros que se han obrado y que se obran aun á menudo en la santa capilla de Loreto. Benedicto XIV, despues de haber citado y adoptado estas diferentes autoridades, añade: «No podemos contenernos al ver á ciertas personas que se precian de eruditas y de delicadeza de entendimiento, pronunciar entre dientes palabras de duda sobre la verdad de un acontecimiento que tiene en su favor á los críticos mas grandes y mas sábios;» y opone á estos falsos sábios el dicho de Bolland, de Papebrock, de su continuador el Padre Alejandro, de Teófilo Raynaul, del mismo Baillet, del Padre Honorato de Santa María, de Graveson, de Guido Grando, de Calmet, de Muratori, etc., que todos admiten como incontestable la verdad de aquella historia, que conmovió en su tiempo á todos los pueblos de la cristiandad (1).

(1) Benedicto XIV, *De festis B. V. Mariæ*, cap. XVI.

Prescindiendo de la incredulidad de los que no pueden admitir que un cuerpo sea trasportado de un punto á otro del globo, por el mismo poder que hace se mueva este mismo globo en masa en el espacio, nosotros nos limitaremos aquí á indicar la razon filosófica de este prodigio; esta razon es muy bella. Todos los pueblos de raza pagana, aunque convertidos al Cristianismo, debian desaparecer, á escepcion de uno: el pueblo romano, merced á la silla pontificia que lo conserva, por mas que él desconozca con frecuencia este beneficio. Así, todos aquellos grandes focos de la civilizacion antigua, Alejandria, Cartago, Antioquia, Efeso, Constantinopla, ilustrados por los primeros prodigios de la fé y de la ciencia cristiana, despues de haber comunicado la luz y la vida al Occidente, debian apagarse. Sentíase cierta especie de caducidad en aquellas razas paganas, relativamente á la civilizacion del Evangelio, demasiado generosa para que ellas pudieran contenerla sin romperse, como las odres viejas en que se pone vino nuevo, ó llevarla sin doblarse, como aquel coloso que tenia los piés de barro, y al cual se le quiso poner el pecho de bronce y la cabeza de oro. El Espíritu de Dios necesitaba pueblos nuevos y razas fuertes. Así se vé al imperio de Oriente, durante los doce siglos de sobrevivencia, calculados por la Providencia sobre el tiempo necesario para la formacion de los pueblos de Occidente, vacilar de cada vez mas sobre su base, subsistiendo únicamente por una série de prodigios que él mismo era el primero en confesar. Estos prodigios, segun su propio testimonio, eran todos debidos á la proteccion especial de aquella Virgen que habia dado á luz el mundo nuevo, y que influa visiblemente en sus destinos. Así, era costumbre en Byzancio llevar en un carro triunfal, como á la que realmente habia alcanzado la victoria que se celebraba, aquella célebre *Nicopeia*, aquella imágen de la Virgen *Repartidora de la Victoria*, á la cual parecia estaban unidos los destinos de Oriente.

Cuando estos destinos estuvieron cumplidos, cuando la hora del *Movebo Candelabrum* hubo llegado, la mano que habia sostenido el imperio debió retirarse, ó por mejor decir, llevó su sucesion al Occidente, que era ya mayor de edad para